

se abandonan ingratamente, ó impiamente se ridiculizan. El mal es inmenso, y nos hace acordar á menudo de aquellas palabras del Señor: *Como en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre: comían y bebían, y tomaban mujeres,...* y vino el diluvio y perdiólos á todos (Luc. xviii, 26 et 27).

CAPÍTULO XIII.

Algunas sentencias de los santos Padres y Doctores, que contestan lo dicho del horroroso vicio capital de la lujuria.—San Gerónimo.—San Agustín.—San Ambrosio.—San Gregorio.—San Bernardo.—San Lorenzo Justiniano.—San Buenaventura.—Santo Tomás de Villanueva.—Hugo Cardenal.—La lujuria hace indigno al cristiano de la Comunión.—Ciega los ojos de la razón.—Peca contra el propio cuerpo.—Arranca del Señor.—Alegra á los demonios y es bocado escogido de Sántans.

San Jerónimo dice que la criatura lujuriosa, aun en vida, ya está muerta; porque no mandan en ella los apetitos racionales, sino los instintos brutales. El mismo escribe que Salomón, siendo como sol del mundo, con el amor desordenado de las mujeres perdió la luz de su alma, la gloria de su casa, el esplendor de su persona; y de pregonero de Dios, se hizo esclavo del demonio. Por ningun pecado se dice

que le haya pesado á Dios el haber criado al hombre, sino por éste. La gula su pábulo; la soberbia su flama; las palabras torpes sus chispas; su humo es la infamia; su ceniza la inmundicia; y su paradero el infierno. (*Epíst. Opusc. ad Ruf*). San Agustín hace todas las siguientes reflexiones: la lujuria doma los leones, es decir, á las más grandes y nobles almas; sus combates son los más fuertes entre todos los del cristiano, en los cuales es continua la pelea y rara la victoria. El deshonesto vende al demonio, por un placer momentáneo, su alma que Cristo redimió con su sangre. Lo que deleita pasa en un instante, y las penas del infierno durarán para siempre. La sensualidad es enemiga de Dios y de la virtud; todo lo pierde por el gusto de un momento; ciega á tal punto, que con una gota de deleite, no deja pensar en la eterna pobreza (*August. De Singularit. Cleric.*).

San Ambrosio asegura que la lujuria es mal inquieto, que no deja dormir ni descansar: de noche se enciende, de día perturba, ciega la razón, rompe los negocios, atropella el consejo, enloquece los afectos, nada tiene, es insaciable y solo tiene término con la muerte. El fuerte Sansón sufrió al leon pero no á su mala pasión; rompió las ligaduras, pero no sus inclinaciones; abrasó las mieses ajenas, pero no sus aficiones desordenadas (*Lib. 2, cap. 5, de Cain et Abel*).

San Gregorio, Papa, escribe que la liviandad confunde y oscurece las buenas obras; ciega la mente y todo lo conculca. De la sugestion pasa á la detencion; de ésta á la morosidad; de ésta á la delectacion; de ésta al consentimiento; de éste á la operacion; de ésta á la mala costumbre; de ésta á la desesperacion; de ésta á la defensa del pecado; de ésta á gloriarse de su culpa; y de esto á la condenacion eterna (*Moral. lib. xxxi*).

El dulcísimo san Bernardo dice: La lujuria con cuatro vicios se fomenta: la gula en los regalados manjares; la vanidad en los preciosos vestidos; el gusto en la torpeza, y el ocio en la vida. Tiene dos inseparables amigos, la prosperidad y la abundancia; dos compañías: la pesadez para lo bueno, y la falsa seguridad en su confianza (*Bern. Serm. 21*). Tambien observa el mismo santo Doctor, que ese vicio destruye al cuerpo, oscurece la vista, abrevia la vida, mancha la fama, mortifica al alma, turba la razon, ciega la mente, quita el sentido, destruye la hacienda, produce escándalos, destruye las amistades, quita la voz, degrada al cuerpo y al alma, destierra al hombre del paraíso, y lo sujeta á los demonios.

Segun san Lorenzo Justiniano, la impureza ocupa á todos y en todo tiempo: de noche y dia trabaja sin cesar; no cede al tiempo ni al mas santo lugar; nunca descansa ni deja des-

cansar; jamás dice basta, como la boca del infierno; atropella con la prudencia; se introduce como el cáncer; se entraña como la polilla, y muerde como la culebra (*Laur. Just. De int. confl. lib. 3, De Christ. agon. c. 13*). El seráfico doctor san Buenaventura compara á la lujuria con el fuego, porque arde sin lucir; roe el corazon sin cesar, y exhala horrible hedor como azufre infernal. Santo Tomás de Villanueva hace notar que entre los avarientos, soberbios, envidiosos, iracundos y golosos, se hallan muchos piadosos y devotos, aunque pecadores; pero entre los deshonestos y torpes, no se halla vestigio de piedad ni de virtud; porque entran absortos y henchidos de su abominable pasion. (*Conc. 2, de S. Ildefons.*).

Hugo Cardenal asegura que la torpeza no solo mancha al alma, sino que destruye al cuerpo, y afemina á los hombres con ignominia suya y los llena de inmundicia, hedor y corrupcion. Contando en otra parte los estragos de este vicio, traza este cuadro exacto y vigoroso: «¿Quién podrá contar los males innumerables de la lujuria? Ella es la que destruyó á Pentápolis con la region adyacente; ella la que acabó con Sychem y con el pueblo; ella la que hirió á los hijos de Judá; ella la que atravesó con un puñal al judío y la madianita; ella la que borró la tribu de Benjamin por la mujer del levita; ella la que prostró en la

guerra á los hijos de Helí; la que dió muerte violenta á Amnon; la que á muchos lapidó; la que á Urias inmoló, y á Ruben maldijo; á Sanson sedujo, y perdió á Salomon.»

NOTA.

Después de los gravísimos dichos de los Padres y Doctores, continuemos nosotros brevemente con la exposición de los efectos del vicio impuro, enumerados por san Antonio. *Indignum corpore Christi efficit*; hace indigno al cristiano de la sagrada Comunión. En efecto: ¿qué sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿qué avenimiento entre Cristo y Belial, como dice el Apóstol? (*II Cor. VI, 15*). Pues sujetando el vicio inmundo á sus tristes víctimas á Belial, como desgraciadamente las sujeta, ¿cómo pueden unirse con Jesucristo? El Señor es todo luz, todo candor, toda pureza; es el esposo que apacienta entre lirios (*Cant. II, 16.*); es la flor de una Madre Virgen, como canta la Iglesia en un himno: ¿cómo puede descender á un cuerpo hediondo y degradado, á una carne hirviendo de inmundicias, á un corazón convertido en una cloaca asquerosísima? ¿Tomando los miembros de Jesucristo, los haré miembros de una vilísima criatura? Jamás! dice san Pablo (*I Cor. VI, 15*).

Excæcat rationis lumina. Ciega los ojos de la razón. En lo que hemos dicho anteriormente acerca de Salomon, consta bien claro como la liviandad oscurece la razón, y quita la sabi-

duría, y ciega la inteligencia; ella convierte á los hombres en caballos y mulos que no tienen entendimiento, como decía el arcángel á Tobías (*Tob. VI, 17*). El angélico Doctor enseña que «la lujuria por la vehemencia de la delectación y de la concupiscencia, oprime totalmente á la razón; *ne prodeat in actum.* (2, 2, q. LV, a. 8, 1.^{um}); y aunque en la exposición del capítulo xxiii de san Mateo, dice lo mismo de la gula, pero á ésta la mira como incentivo de la impureza. También asegura que «la castidad hace al hombre en gran manera apto para la contemplación, en tanto que las delectaciones venéreas deprimen grandemente el entendimiento hácia las cosas sensibles.» (*Q. CLXXX, a. 2, 3.^{um}*). Sobre todo, debe leerse y estudiarse el último artículo de la cuestión LIII, en el cual trata de las hijas de la lujuria y explica admirablemente su genealogía, comenzando por la ceguedad de la mente (2, 2, q. LIII, a. 5).

Peccat in proprium corpus. La lujuria peca contra el propio cuerpo. Esto es lo que dice en los mismos términos el Apóstol san Pablo: *Todo pecado, cualquiera que el hombre hiciere, fuera del cuerpo es; mas el que comete fornicación, contra su cuerpo peca.*» (*I Cor. VI, 18*). Santo Tomás lo comenta de dos modos: *in corpus*; porque los otros vicios se consuman en delectación espiritual, *extra corpus*, menos la liviandad y la gula, incentivo y como parte suya. *In corpus*, esto es, contra su cuerpo, manchándolo y corrompiéndolo fuera del uso de la razón; y á esta exposición llama el Santo mejor, la que

puede verse detallada en Cornelio Alápide.

El Apóstol añade: *¿No sabeis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el que de Dios teneis, y no sois vuestros? En efecto, comprados estais á gran precio.* El Espíritu Santo (explica siempre el angélico Maestro), principalmente reside en el corazon del hombre; mas secundariamente tambien está en los miembros corporales, en cuanto á que ejecutan las obras de la caridad. La redencion nos hace siervos de Cristo que nos compró al gran precio de su sangre; por lo cual ya *no somos nuestros*, dice san Pablo. Ahora bien; como por la liviandad el hombre arroja al Espíritu Santo de sus miembros que sumerge en el cielo, de allí es que deja de pertenecer á Cristo que le compró; es un esclavo fugitivo que vaga léjos de su Señor. Y nos parece que de aquí tomó san Antonio este otro efecto que causa en el hombre la lujuria: *Domino se subripit*; se sus- trae, se aparta, se arranca violentamente de su Señor y dueño, para sujetarse indignamente á Satanás.

Hostes lætificat. Satanæ cibus est. Regocija á los demonios, y es manjar regalado de Satanás. Claro es que un vicio tanto más debe regocijar á los demonios, y tanto más agradar á Satanás, cuánto más horrible sea, cuánto más nos aparte del cielo, cuánta mayor condenacion nos acarrea, y cuánto más difícilmente nos suelte de sus garras. Todas estas condiciones, como hemos visto, tiene la liviandad; de aquí es que debe causar grande alegría á los demonios, y

ser el bocado más sabroso y exquisito de su mesa. Y así sabemos que la idolatría, que era el culto y adoracion de los demonios, estuvo siempre y en todas partes mezclado con lubricidades espantosas: el culto de Vénus, el indignísimo culto de Priapo, los abominables misterios que en determinados dias y lugares se celebraban, demuestran que siempre vió el demonio la depravacion más infame, y los mas monstruosos desórdenes como un bocado muy de su agrado, puesto que lo exigia aun bajo la razon de culto y sacrificio. Y aun sigue siendo así. En nuestros dias, en que la impia masonería adora á Satanás, y aun le quema incienso ante sus representaciones plásticas, como lo habia ya dicho el señor Gaume hablando del espíritu del mal en la primera parte de su hermoso tratado del *Espíritu Santo*, y como acaba de demostrarlo Leo Taxil, en su obra del *Culto del grande Arquitecto*; en nuestros mismos dias, decimos, la masonería, obra del demonio, esclava y adoradora suya, mezcla tambien con su culto infame, desórdenes de lascivia igualmente infames. Léase la obra del mismo mason convertido, titulada *Las hermanas masonas* y sobre todo la Clave de los signos y emblemas masónicos, que trae en latin, y digase si ante tan estupendas infamias, ante tan descarado cinismo, no se echa de ver que aun hoy dia es la lujuria el banquete del demonio, la obra de su mayor delicia, y el más apetecido manjar de su mesa. Por eso le conjura la Iglesia en el Bautismo llamándole espíritu inmundo; porque la

inmundicia es su deleite, su patrimonio y su obra predilecta.

Amat otia. Complácese en la ociosidad. Conocidísima es aquella frase de la Escritura: *Hé aquí cual fué la iniquidad de Sodoma... el ocio suyo y de sus hijas* (Ezech. xvi, 49), y nadie ignora que la caída de David principió por una mirada; esta dependió de subir á la techumbre de su palacio, y esta subida, del ocio en que entonces se encontraba. Si hubiese estado con Joab al frente del ejército, muy distinta habria sido su conducta. Y no solo el ocio abre la puerta á la impureza, sino que ésta á su vez engendra el ocio; porque enervando al individuo en todo su sér, debilitando las pasiones, degradando el organismo y gastando las fuerzas vitales, claro es que aparta al hombre del trabajo haciéndoselo más difícil y costoso, y le disgusta de toda ocupacion seria, sumergiéndole en sus abominables delectaciones. Aquel noble romano Antonio, seducido por Cleopatra, descuida las funciones de general, se entrega á un ocio indigno, y acaba miserablemente una gloriosa carrera. En nuestros días el aborrecimiento tan acentuado de los jóvenes al trabajo, el horror al estudio, y el amor á la holganza, creemos que se deben en mucha parte á esta misma funestísima causa. *Amat otia.*

CAPÍTULO XIV.

*Continuacion de la misma materia.—Testimonio notable de la santa Escritura acerca de los daños de las cortesanas.—Sus asechanzas.—San Juan Crisóstomo.—Su falacia.—San Jerónimo.—San Efrén.—Sus halagos.—San Basilio.—Sus cantos.—San Cipriano.—Su amargura.—Sus danzas.—Su rapacidad y crueldad.—Su des-
caro en nuestros tiempos.*

Aunque el P. Arbiol ha agrupado diversas y graves sentencias de los santos Padres acerca de la malicia y estragos de la liviandad, no obstante como la materia es vastísima, á la par que importantísima, hemos pensado aun aducir algunos otros testimonios en particular acerca de esas malas mujeres que pululan ahora sin el menor recato en nuestras ciudades, y ejercen como una profesion el crimen, engañando á innumerables víctimas. De esas abyectas criaturas se habla en los Proverbios, diciendo: *La ramera tiende asechanzas como el ladron en el camino, y á los que viese incautos los matará* (Proverbios, xxiii, 28). San Juan Crisóstomo dice que la ramera es una fiera en gran manera rapaz y devoradora, ó más bien dicho, un agregado de todas las fieras, de modo que parece formada y compuesta de todas ellas. Es raposa en la astucia; lobo en el hambre insaciable; perro en las

riñas y pleitos; áspid en la malignidad; en la sevicia, tigre; leona en la soberbia; serpiente en la virulencia; dragon en la osadía y persistencia de sus ataques (*S. Chrisost., Homil. 15 in Matth.*). Y así como el ladron, prosigue un intérprete, primeramente quita la bolsa, y luego la vida, así la mala mujer, primero arrebatada las riquezas y el tesoro inestimable del pudor, y despues arruina la salud y acaba con la vida, entregando á sus presas infelices á la muerte y al infierno. Y así como los ladrones invaden los caminos y vías públicas para abordar á los transeuntes y despojarlos, así cabalmente lo practican estas inmundas criaturas, llenando los lugares donde residen de infeccion y de escándalos, como acontece con los ladrones cuando infestan los pueblos y ciudades (*A Lap. hic.*).

En el capítulo quinto, el mismo sagrado Libro se ocupa tambien de esas abyectas criaturas, y dá sobre el particular excelentes consejos al hijo á quien instruye: *No atiendas*, le dice, *á la falacia de la mujer, porque los labios de la ramera son panal que destila miel, y más limpia que el óleo es su garganta; pero sus deijos más amargos son que el ajeno, y es aguda como espada de dos filos. Baján sus piés á la muerte y á los infiernos penetran sus pasos. Oyeme, pues, hijo mio: pon lejos de ella tu camino y no te acerques á las puertas de su casa. No des tu honra á los extraños, y los años de tu vida á una cruel; no sea que*

se llenen los extraños de tus fuerzas, y tus trabajos queden en casa ajena, y gimas en lo postrero cuando hayas consumido tus carnes y tu cuerpo, y digas: ¿por qué deseché la correccion? (Proverbios, v. 2 et seq.). Sobre este magnifico pasaje, tan de actualidad hoy como en todos los tiempos, no harémos sino ir aduciendo las observaciones de los Padres y Doctores. *No atiendas á la falacia de la mujer*; es decir, no la contemples, no la mires. El amor de las formas plásticas, dice san Jerónimo, viene á ser el olvido de la razon, es como á manera de una locura, y un feo vicio no conveniente al ánimo racional; porque perturba el consejo, deprime los altos y nobles arranques; abaja de los elevados á los bajisimos pensamientos, hace á los hombres quejosos, iracundos, temerarios, serviles é inútiles á todo el mundo hasta para los tristes objetos de sus pasiones. (*Hier. lib. 1, adv. Jovin.*). «¿Qué cosa es la mujer? (continúa san Efrén). Es un lazo cubierto de adornos que arrastra al hombre á los deleites; atrae con hermosa figura y levantado cuello; flecha con sus ojos; agrada con sus mejillas, y con su lengua cantando dulcemente engaña. ¿Qué es la mujer? Es un naufragio en tierra firme, es la fuente de la malicia, es un tesoro de inmundicia, es una mortífera conversacion, es daño de los ojos, ruina de las almas, dardo del corazon, perdida de los jóvenes, cetro del infierno, torrente

de liviandad. ¿Qué es la mujer? Es el negocio del diablo, el descanso de la serpiente, la consolacion de Lucifer, es un dolor inconsolable; un horno encendido, una malicia incurable, es conjuracion diaria, hospedaje de lascivia y oficina de los demonios.» (*Ephn. Serm. advers. improb. mulier.*). Hé aquí unos cuadros vigorosos de los daños de esas perniciosas criaturas, encanto de los jóvenes, y predilectas hechuras de nuestros gobiernos. Y no se diga que son pinturas exageradas ó arbitrarias; aquellos grandes hombres que las trazaron tenian un profundo conocimiento del corazon humano, y todos sus toques son de una exactitud maravillosa.

Peró vengamos á los daños de la vil cortesana: *Como el panal que destila miel son sus labios, nítida como el óleo es su garganta*, dice el Texto. «La mala mujer, explica san Juan Crisóstomo, no es capaz de un amor verdadero, toda ella se vuelve engaños y acechanzas, aunque sus labios parecen dulce panal, sus ósculos son venenosos y respiran un tósigo de muerte. Es cierto que por de pronto nada de esto aparece; mas esto mismo debe hacer huirla, porque sabe encubrir su malicia, y esconder la muerte que lleva oculta, sin dejar que nada se advierta á los principios (*Crisost. Homil. 14 ad pop.*).» Y san Basilio aconseja: «Guárdate con cuidado de los ósculos como de mordeduras de ve-

nenosas serpientes, pues desde los lábios difunden por todo el cuerpo un sutilísimo veneno.» (*Basil. de Virginit.*). El cuello como el óleo significa la molicie de sus palabras y de sus cantares: «Á veces (dice san Cipriano) deja oír la mujer blandas palabras, á veces halaga con caricias, y á veces deléitase en cantar, lo que ofrece mayor ponzoña, pues preferible seria á escuchar sus canciones, el oír junto á sí el silbido de los basiliscos.» (*Cypr. De Singularit. Cleric.*).

Sus deijos son amargos como el ajenjo, y es aguda como espada de dos filos. La amargura de este ajenjo, y la punta de esta espada, dice un intérprete, las sienten los libidinosos; 1.º, en las inmundicias, ascos y achaques que dejan esos vicios, principalmente en la infeccion venérea con que Dios los castiga; 2.º, en los daños de los bienes de fortuna, que las perversas mujeres saben limpiar hasta el último centavo; 3.º, en la infamia que sobreviene tarde ó temprano; 4.º, en los altercados, riñas y pleitos con la amoria, que más impudente que un cán, vomita contra el cómplice todo su veneno; 5.º, en el reato del pecado y de la ira divina provocada con él; 6.º, en la privacion del ingenio, del juicio y del vigor de alma y cuerpo que acarrearán los deleites (*A Lap. hic.*).

Sus piés descenden á la muerte, y sus pasos penetran hasta los infiernos. Por piés y pasos se

entienden aquí sus caminos , sus asuntos , sus enredos é intrigas, todo lo cual lleva á la muerte del cuerpo y á la del alma , á la temporal y á la eterna , y en último resultado á la perpétua reprobacion en el infierno ; aunque nos parece que así como por los lábios de la mala mujer se significan sus infames caricias , y por su cuello ó garganta sus provocativos cantares, bien podemos entender por sus piés y sus pasos, ya sus locos paseos, ya sus bailes y danzas con que excitan y encienden de un modo horroroso las pasiones brutales. El original griego presenta otro sentido que sigue largamente Cornelio Alápide, significando que la mujer cortesana viene á ser como el sustentáculo y el asiento del infierno, porque condenándose por su culpa tan gran número de hombres , ellas vienen á ser el sostén y como el apoyo del abismo.

Pon léjos de ella tu camino y no te acerques á las puertas de su casa. Es como si dijera: Ya que causa tan terribles males , apártate del peligro, huye con cuidado la ocasion ; así , ni camines por donde ella habita, ni te acerques á las puertas de su casa. *No des tu honra á los extraños, y los años de tu vida á una cruel.* Por el honor de que aquí se habla, se entiende no solo el esplendor y decoro de la castidad , sino tambien los honores y dignidades públicas, la gloria y celebridad de las acciones practicadas , la flor y nata de la juventud y de la edad risueña ; todo

esto lo oscurece la liviandad, lo mancha, lo destruye , y de ello es buen ejemplo Sanson , que entregó su honor á una extraña, es decir, á Dálila, la filisteá, revelándole el secreto de su fuerza y quedando hecho despues la víctima, el juguete , la mofa y el escarnio de sus enemigos. Los años dados á una cruel, son los que se gastan en la inmundicia sin provecho, pudiendo emplearlos en bien propio, de la familia ó de la sociedad ; y tambien los que se pierden por acortarse la vida con los excesos y desórdenes. La cruel , es tanto la perversa mujer de quien se viene hablando, como igualmente la liviandad y la lascivia, grande enemiga y cruel matadora del hombre, cuya sevicia hace notar largamente el Crisóstomo en la homilía sobre la degollacion de san Juan Bautista, y en la de la mujer y la hermosa.

No sea que se llenen de tus fuerzas los extraños y tus trabajos queden en casa ajena. Habla de las riquezas y bienes de fortuna , que llama fuerzas , porque son el apoyo y sustento de sus familias, y así el sentido viene á ser el siguiente: no sea que esas perversas y viles mujeres se levanten con los ahorros y facultades, y de este modo, tus trabajos , y el fruto alcanzado con ellos, pasen de tu casa y patrimonio á la casa y familia de una ramera abominable. *Y así, gímas en lo postrero, cuando hayas consumido tus carnes y tu cuerpo, y digas: ¿Por qué desprecié la*

correccion? Estos gemidos se llaman alaridos, ó rugidos en el original griego, porque serán remordimientos inútiles y rabiosos, reconociendo el mal cuando ya no sea absolutamente tiempo de remediarlo. Y describense gráficamente los efectos de la liviandad que consume materialmente y gasta la carne y el cuerpo enervándolo con excesos infames, é inoculándole un virus corrosivo y fatal.

Tal es la descripción que el Espíritu Santo nos ha dejado de los daños de la mujer cortesana, que se continúan en el final del capítulo sexto, y principalmente en el séptimo, donde pone en escena una criatura desvergonzada de esta especie, narrando las astucias de que se vale para circunvenir al jóven, y presentándola al caer de la tarde, vagabunda y verbosa, vestida á su usanza, pasando inquieta de uno á otro sitio, abordando osadamente á su presa, invitándola con zalamerías palabras y procaces caricias, y por fin, arrastrándola en la red de sus muchos coloquios y descocadas acciones, como el buey y el cordero que al matadero se llevan, ó como el ave que se coge en el lazo (*Prov. vii, a. v. 6, usq. in fin.*). En nuestros tiempos la desvergüenza y el descaro de estas torpes criaturas deja muy atrás todo lo que describe Salomón conforme á las costumbres orientales de su tiempo; hoy estas damas habitan en verdaderos palacios, ostentan un lujo á veces deslumbrador, y

no necesitan las medias sombras del crepúsculo para intentar sus conquistas, sino que se muestran en las calles y en las plazas á cualquier hora del día, arrastradas en coches abiertos, y asombrando por su cinismo y osadía. El crimen ha venido á hacerse tan común, sobre todo desde que está colocado bajo la égida de las leyes, que no necesita ya la sombra del misterio para perpetrarse, sino que se jacta y envanoce públicamente de su infamia; lo cual dá la medida de la espontosa desmoralización á que hemos llegado. Mas no obstante estas apariencias lisongeras, el virus venéreo sigue su marcha terrible al través de las venas de nuestra juventud alucinada, y de ahí las enfermedades dolorosísimas, las muertes prematuras, y los matrimonios infecundos ó convertidos en nuevas fuentes de infección y contagio hereditario. Ya hemos oído proclamar á la misma ciencia legal, á quien no puede acusarse de preocupados, que ni las pestes, ni las guerras, ni otros azotes asoladores, traen tal ruina y decadencia á los pueblos como el virus ponzoñoso de la lascivia. Estén alerta los jóvenes que no quieran perecer, y aun más alerta los padres de familia, y los maestros y directores de la juventud. Los remedios humanos son ineptos é ineficaces; no hay sino la vigilancia, las prácticas religiosas, y sobre todas la confesión, que sean capaces de impedir el mal, de atenuar sus ataques y de reparar sus estragos.

NOTA.

No teniendo que anotar el precedente capítulo, que es todo nuestro, continuaremos declarando los efectos de la lujuria enumerados en los exámetros de san Antonio de Padua. *Christi notitiam tollit. Doctrinæ pabula spernit.* El P. Arbiol traduce lo primero: « pierden (los deshonestos) la memoria de Cristo »; mas con el permiso del piadoso escritor, entendemos que no se trata aquí de la memoria, sino de la noticia, es decir, del conocimiento de Jesucristo, de su fe, religion y doctrina; todo lo cual quita la liviandad. Y en efecto, la herejía es madre y tambien hija de la lujuria, y al contrario; así lo hacia notar el gran Fischer, compañero de Tomás Moro, y mártir de la fe con él en tiempo de Enrique VIII en Inglaterra; y toda la historia de este famoso monarca, émulo de Neron y de Sardanápalo, es como una histórica demostracion de esa verdad, como puede verse en la monografia que, con el mismo nombre de ese Rey, escribió el célebre Audin. Allí se verá como, de defensor de la Iglesia, título conferido por el Papa, y merecido por la defensa que escribió de la fe, fué cambiado, por la más brutal incontinencia, en enemigo rabioso de la misma fe, en perseguidor furibundo, y en corifeo del potestantismo al cual antes detestaba. El insigne Valsechi, en su célebre obra sobre las fuentes de la impiedad, muestra como á una de ellas, y muy copiosa, á la liviandad, y sólidamente lo demuestra.

San Juan Crisóstomo advierte que « los que viven mal, á fin de libertarse del tormento que les causa el miedo del porvenir, procuran, *omni studio*, con todo empeño, procuran persuadirse ser falso cuanto nos dice la religion de los pecados, de la resurreccion, del juicio futuro y otras materias semejantes. » Y á fuerza de procurar persuadirse, llegan al fin á creerlo, ó mas bien á imaginarse que lo creen. Y hé aquí como la liviandad quita la noticia de la fe de Jesucristo, y desprecia su doctrina. Es de notar que nada ataca tanto, nada niega tan obstinadamente, ningun dogma tiene el privilegio de irritarlo hasta el delirio como el dogma del infierno; no contentos con impugnarlo en la eternidad de las penas, en la realidad de su horroroso fuego, etc., lo suprimen de un golpe los sábios incrédulos, resucitando los absurdos ridiculos de la antigua filosofia, y dando á las almas por un castigo no sé qué transmutaciones sucesivas, que son sucesivas locuras de sus célebros calenturientos. La realidad es muy sencilla: los delincuentes y criminales no quieren que haya cárceles, y los impíos y deshonestos no quieren que haya infierno. De aquí el que los apologistas defiendan este dogma terrible pero indispensable, desde el célebre P. Ventura, en sus *Conferencias sobre la enormidad de las penas*, hasta Monseñor Segur en su chispeante opúsculo sobre el *Infierno*. Tenemos la íntima conviccion de que toda la impiedad moderna que inficiona tan gran número de inteligencias, no tiene otro origen que la perversion de las costumbres.

Trabajar por la purificación de las conciencias, es, pues, trabajar por el restablecimiento de la fe y del Evangelio: limpiar de vicios los corazones, es extirpar de las mentes los errores.

Doctos infatuat. Homines animalibus æquat. Entontece á los sábios; equipara al hombre con los brutos. Parécenos que el ejemplo de Salomon, de que anteriormente nos ocupamos, es la mejor demostración de este aserto; pues ninguno mas sábio que él, ninguno mas docto: él fué quien dejó esas admirables descripciones de este vicio y sus horrores, y sin embargo, no pudo preservarse de él, y llegó al grado de adorar ídolos infames y levantarles templos y altares. Hemos visto tambien como los vicios de la carne, deprimiendo poco á poco la inteligencia, llegan á embrutecer al hombre, y á borrar en él el sello de su divina nobleza. Y aun, físicamente, el idiotismo y la locura siguen no pocas veces á los excesos venéreos, perdiendo el hombre la razón de la manera mas lamentable. Es tambien nuestra convicción que por eso no aprovechan actualmente los jóvenes en el estudio; no se revelan notables capacidades intelectuales; marchitada la inteligencia con vicios precoces de los sentidos, no puede levantar su vuelo por las altas regiones del pensamiento, sino que vive encadenada y abatida á brutales exigencias.

Nilitur in vetitum. Nomen depravat honestum. Forcejea contra lo que está prohibido, pierde la fama y el buen nombre. El libidinoso ataca las leyes de Dios y de la Iglesia, la ley natural y la positiva; rompe los vínculos de familia y los

del matrimonio; nada acata, nada respeta, nada le detiene. Hemos conocido á un joven que, detenido por su padre, cuando queria forzar las puertas para salir á media noche á las disoluciones, furioso, emprendió lucha á brazo partido contra su padre, quien más potente le derribó por tierra en la más densa oscuridad. Entonces el joven, echando mano del revólver de que iba provisto, ha disparado dos tiros contra el padre para desembarazarse de él, y atrayendo á la madre azorada, y ya con luz al sitio del combate. Sabemos de varios jóvenes, que, reprendidos por sus padres, amenazan á éstos luego con acabarse por el suicidio; y de otro que, amonestado por su madre, la acallaba amenazándola con herirla con algun mueble si lo exasperaba; y la mujer, que lo conocia harto capaz de ello, guardaba silencio dejándolo continuar en horribles maldades. El *nilitur in vetitum* del Paduano nos parece querer significar que el libidinoso recalitra contra todos los obstáculos; rompe todos los frenos; salta todos los valladares; infringe todas las leyes; se burla de todas las amenazas; se irrita con todas las correcciones, y se enfurece contra todo lo que parece oponerse á sus designios ó contrariar sus brutales instintos.

Respecto del buen nombre, hemos observado ya en el cuerpo del capítulo, como la lubricidad lo arrebatada dejando el honor en manos de una extraña, y pierde de ese modo el pudor, la buena fama, el lustre de su casa, el brillo de las buenas acciones. Y hemos visto tambien mas

atrás como la sagrada Escritura dice, que Salomon, con su indigno proceder, *puso mancha en su gloria*, es decir, manchó su celebridad y la fama de su prudencia y su sabiduría con la liviandad de su vejez.

Y con esto hemos terminado la breve declaracion de los efectos del vicio abyecto, contenidos en los versos respectivos de san Antonio de Padua, citados al principio por el P. Arbiol, que no insistió en su explicacion ordenada y uniforme.

CAPÍTULO XV.

Remedios contra la liviandad. — Primero: resistir á los principios. — Segundo: amar la castidad. — Tercero: huir las ocasiones. — Cuarto: mortificar la carne y los sentidos. — Quinto: practicar la oracion y leccion. — Sexto: tener devocion con la santísima Virgen. — Septimo: recordar los novísimos. — Octavo: frecuentar los sacramentos de la confesion y comunion.

Aunque el vicio de la lujuria es tan poderoso para pervertir á las almas; pero la divina bondad ha preparado auxilios y remedios para que se preserven ó se curen de su pestilente contagio, si los pecadores cooperan poniendo de su parte lo que les toca. Ocho son los mas principales medios que señalan los santos Doctores; y serán la materia de este capítulo.

1.º El primero es, resistir la tentacion á los

principios. Las tentaciones nacen las mas veces de la carne regalada, briosa y desenfrenada; otras, aunque esté débil y mortificada, vienen del demonio que las suscita, como en san Benito y en san Jerónimo; otras del trato y comercio del mundo con los mil incentivos que en él reinan. Pero, sea cual fuese la causa de las tentaciones impuras, el primer remedio y muy oportuno es resistir á los principios. San Gregorio, Papa, enseña que la tentacion comienza con la sugestion, de la cual sigue la delectacion, que se consume en el consentimiento; y el remedio más conveniente es cerrar la puerta á la sugestion, para que no pase adelante. *Quando el enemigo es pequeño, dale muerte*, dice san Jerónimo, *y de este modo la tentacion se extirpará en su simiente* (Hieron. Epist. ad Heust.). La medicina dada á tiempo, aprovecha y cura; fuera de tiempo poco ó nada vale, de ahí aquel aforismo tan verdadero en las enfermedades del alma, como en las del cuerpo: «Resiste á los principios, tarde se previene la medicina, si el mal ha cobrado fuerzas con la dilacion.» El Espiritu Santo dice: *De una sola chispa el fuego recrece* (Eccles. xi, 34); y santo Tomás observa que *un mismo pensamiento, sin reprimirse, puede producir un completo incendio*.

San Cipriano enseña que «se ha de hacer frente á las primeras tentaciones, ni fomentarse la culebra hasta que se transforme en serpien-